

¿AFIANZANDO LAS IDENTIDADES NACIONALES? LA VUELTA DEL SMO¹

LUIS VELASCO MARTÍNEZ

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

BULEVAR LOUIS PASTEUR, 25, 29010 MÁLAGA (ESPAÑA)

952132764

luis.velasco@uma.es

¹ Este trabajo es una versión previa, en proceso de análisis y discusión, de una investigación que estamos desarrollando en la actualidad, rogamos disculpen las inexactitudes o inconcreciones en este *working paper* que de ninguna forma pretende ser definitivo sino un mero esbozo para plantear algunas de nuestras hipótesis de investigación. Anteriormente hemos presentado una versión previa de este texto, por solicitud del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), en uno de los talleres del programa «Trabajo de Futuros» desarrollado el marco preparatorio del «Panorama de tendencias geopolíticas» del CESEDEN bajo el título «Identidades colectivas en el horizonte 2050: ¿Consenso o disenso? El ejemplo del SMO». Agradeceremos la remisión de cualquier comentario crítico a nuestra dirección de correo electrónico. Nuestra investigación se desarrolla en el marco del proyecto DER2017-83436-C2-1-R: “Las Respuestas en un Estado de Derecho a los retos de Seguridad: Fortalecimiento Democrático, Derechos Fundamentales y Deberes de la ciudadanía” (I.P.: Fernández Rodríguez, José Julio), financiado por el Ministerio de Economía, Ciencia y Competitividad del Reino de España. Agradecemos la posibilidad de habernos desplazado como investigador visitante a la Columbia University in the City of New York y al Barnard College (EE.UU) al extinto ministerio de Economía y Competitividad del Reino de España, sin cuya financiación este documento no hubiera sido posible (EEBB-I-17-12643).

Resumen: En los últimos tiempos hemos asistido a un resurgir del debate sobre la utilidad del servicio militar obligatorio. Suecia, Francia o Marruecos han apostado por volver a poner en marcha de una u otra forma el sistema de recluta obligatoria. Estas iniciativas han hecho que otros gobiernos se planteen seguir sus pasos. La idea principal que subyace no parece ser la necesidad de movilizar grandes contingentes de soldados, sino recuperar uno de los antiguos mecanismos de nacionalización que tan efectivos fueron durante los siglos XIX y XX. El siglo XXI está siendo el de la eclosión de nuevas formas de identidades colectivas: se han multiplicado y su expansión parece responder a una lógica de mercado. En él los individuos eligen libremente entre aquellas identidades colectivas que tienen a su disposición. La identidad ya no se hereda, sino que se elige. Esto puede resultar una amenaza para la supervivencia no sólo del estado nación como lo conocemos, sino también los consensos que permiten a los individuos convivir en un mismo marco social. En nuestra texto ofrecemos un análisis general de estas propuestas de recuperación del servicio militar obligatorio, criticamos la utilidad del mismo como agente de nacionalización en el siglo XXI, y exponemos algunos posibles efectos secundarios de su posible vuelta.

Palabras clave: Servicio militar, identidades colectivas, calidad democrática, pluralismo político, consenso político.

1. Introducción

Las identidades colectivas y en concreto las identidades nacionales han sido una de los principales herramientas con las que las sociedades se han homogeneizado a lo largo de la edad contemporánea, al igual que en otros momento lo han podido ser las identidades religiosas o las lealtades dinásticas. La aparición de los estados-nación y la propagación de las ideologías nacionalistas permitió que las sociedades se hicieran culturalmente muy compactas. Actualmente las sociedades son enormemente plurales. Esto es un producto de la denominada globalización, de la movilidad de individuos, de la universalización de la red, de la nueva sociedad de la información, la generalización de las TICs y la aparición de un mercado de identidades en el que los individuos pueden elegir su adscripción identitaria de una manera completamente libre, entre aquellas a las que pueden tener acceso. La falta de homogeneidad de la sociedad actual produce tensiones que sólo pueden superarse con la creación de nuevos consensos que ordenen su pluralidad, estableciendo a la vez límites y garantías para el libre desarrollo de los individuos. Actualmente algunos gobiernos están planteando viejas recetas para superar estas crisis.

A lo largo de las próximas líneas vamos a plantear algunas cuestiones acerca de cómo, en la actualidad, la principal identidad colectiva que ha cohesionado las sociedades contemporáneas está mutando. También vamos a hacer referencia a otras, pero sin duda el eje de nuestro planteamiento se centrará en la identidad nacional y en su expresión política: los nacionalismos. No obviaremos la existencia de otras identidades colectivas de gran importancia como elementos cohesionadores de las sociedades modernas, como pueden ser las identidades religiosas, las dinásticas,² etc. Como tampoco obviaremos otras identidades más recientes y ligadas a los movimientos sociales y sus agendas de reivindicaciones

² Pensemos en algunas monarquías asiáticas o en la Commonwealth of Nations antes de relegar estas lealtades al pasado.

postmateriales de las últimas décadas del siglo XX. Nuestro planteamiento será el siguiente. Hoy por hoy las identidades con las que los individuos se asocian en gran medida son elegidas por estos, y se eligen entre un abanico de posibilidades mucho mayor que el que tradicionalmente un individuo podría tener a su disposición durante los siglos anteriores. Así pues, existiría una oferta, o un mercado de identidades. También plantearemos que existen identidades incluyentes, o compatibles con otras, e identidades excluyentes. Las últimas pueden ser una amenaza para la seguridad y para el libre desempeño de nuestras libertades. Los mecanismos con los que las identidades se expanden y se fortalecen necesariamente han tenido que cambiar frente a los modelos anteriores, y es aquí donde vamos a centrar brevemente nuestro foco sobre un vector de construcción nacional muy concreto dentro de los nacionalismos de los siglos XIX y XX. Acto seguido, plantearemos que el retorno a viejos modelos de homogeneización cultural, política e identitaria que algunos estados de nuestro entorno están planteando no tienen porqué ser útiles en el siglo XXI, e incluso cómo pueden ser contraproducentes.

2. Identidades colectivas antes y después del siglo XXI

Benedict Anderson (1983) definió a las naciones como comunidades imaginadas, así la identificación de los individuos con una serie de valores o aspiraciones tenían como resultado la creación de esta construcción social. Los individuos se sentían, por tanto, parte de una comunidad que no existía materialmente sino que respondía a la voluntad de los individuos de construirla, y era sobre esta proyección donde se organizaban los lazos de solidaridad que la sustentaban social y políticamente. Se trataría de crear un consenso en forma de ideología nacionalista, aspirando a la construcción de una comunidad política, capaz de reflejarse en una serie de valores culturales aceptables para un amplio grupo de individuos y con capacidad para extenderse en el imaginario colectivo a través de una serie de mecanismos que se irían construyendo y adaptando sobre la marcha. Dependiendo de la capacidad de estos valores y mecanismos para atraer individuos a una determinada comunidad imaginada, podríamos hablar de éxito o fracaso de esta. Asumiendo la teoría de que los nacionalismos facilitan cierta congruencia a las formas de organización política y social de las que se ha dotado la modernidad (Gellner, 1983), y que en general lo hacen recurriendo a la invención o a la reelaboración de los discursos sobre el pasado (Hobsbawm, 1990), esta identidad colectiva ha sido el origen de los grandes consensos políticos de la edad contemporánea. Aunque también lo ha sido de sus grandes conflictos. Su papel protagonista es indiscutible en este sentido. Hasta las ideologías internacionalistas aceptaron de una manera u otra las aspiraciones de los movimientos nacionalistas (Velasco, 2017). De esta manera incluso el socialismo real aspiró a ordenar estas en su seno de una manera racional (Stalin, 1913); cuando fracasó en su empeño (Gledjura, 1973) planteó una suerte de nacionalismo *ex novo* con la propuesta de una utopía identitaria basada exclusivamente en la mejora del proletariado y en la superación de las diferencias étnicas y de clase en un viaje de vuelta a sus orígenes (Plokhy, 2014).

Hoy en día el nacionalismo es una más entre las muchas identidades colectivas que existen y tienen capacidad para movilizar a los individuos y a los grupos. Las identidades de origen étnico volvieron a acaparar la atención internacional traumáticamente en algunas zonas del planeta durante las últimas décadas del siglo XX; un par de ejemplos podrían ser la disolución de la URSS o el desmembramiento de la RFSY, entre otras. Antiguas identidades de origen

religioso también recuperaron vigencia y capacidad de incidir en la agenda política; por ejemplo en Francia, a través de las segundas y terceras generaciones de inmigrantes que no se sentían representados en el consenso republicano, pero también en Turquía donde un islamismo a priori moderado ha sido capaz de poner contra las cuerdas al tradicional nacionalismo laico vigente desde los tiempos de Mustafa Kemal Atatürk. Lo mismo podemos decir de las identidades étnicas y tribales, que generaron conflictos de infausto recuerdo en el continente africano durante la década de 1990 en lugares como Ruanda (Mamdani, 2001). Estos casos no pretenden ser expuestos como paradigmáticos, ni excluir a otros, por el contrario sólo aspiran a ejemplificar con algunas muestras muy presentes en la memoria colectiva la tesis que plantearemos a lo largo de estas breves líneas.

La capacidad de los seres humanos para asociarse en torno a valores o interpretaciones comunes ha sido un factor indispensable para la creación de sociedades complejas desde la protohistoria (Keen, 2012: 304). Los amplios consensos para pactar ese mínimo de valores y rasgos comunes que deben compartir los individuos para formar parte del grupo, permitieron crear progresivamente cuerpos sociales cada vez más amplios y complejos, hasta conformar las sociedades contemporáneas. Estas sociedades han logrado sobrevivir y perpetuarse gracias a unos contratos sociales que les han permitido autoreproducirse y defender sus formas culturales frente a modelos alternativos, diferenciándose y facilitando que otros también los pudieran identificar como colectivos.

La creación de un "nosotros" frente a un "otros" que supone toda identidad colectiva, así como la pervivencia de esta entre las sucesivas generaciones de un grupo, se ha convertido en un proceso mucho más complejo que antes en el mundo actual. La globalización ha desligado a los individuos de sus orígenes sociales, culturales, geográficos y religiosos, mientras que las propias prácticas sociales han variado mucho, ganando en complejidad dentro del seno de las sociedades. Esto no ha supuesto que los individuos carezcan de identidad, todo lo contrario, ha permitido que tengan un gran catálogo de identidades disponibles a su antojo. Pudiendo elegir entre ellas en función de sus necesidades y circunstancias, de una manera más o menos racional. La identidad a la que el individuo quiera asociarse ya no se reduce a una o dos opciones, prefijadas por los marcos –geográficos, lingüísticos o religiosos- en los que el individuo se ha desarrollado, sino que las alternativas son enormes. Además, los propios grupos han abierto su receptividad a integrar a personas de orígenes heterodoxos. En este sentido los sistemas democráticos occidentales han pretendido ser un ejemplo de voluntarismo: desde la identidad estadounidense creada por diferentes aluviones de inmigrantes durante más de dos siglos, hasta los intentos del republicanismo francés por integrar en la identidad de la Francia metropolitana a los inmigrantes procedentes de su antiguo espacio colonial, o la receptividad, no exenta de problemas, con que España o el Reino Unido han recibido inmigración de la más variada procedencia durante los últimos lustros. Unos procesos en los que, no nos engañemos, también han emergido esencialismos nacionalistas que pretenden limitar la capacidad de asimilación de nuevos grupos e individuos en el seno de la comunidad imaginada (Eger & Valdez: 2014). Así, la amenaza de perder esencias por la llegada de nuevos grupos de individuos con características culturales ajenas a las tradicionales, se convierte en un acelerador de un proceso de autoidentificación y exclusión.

3. Nacionalismos e identidades colectivas

A lo largo de las últimas décadas el estudio de la asimilación de identidades colectivas por parte de los miembros de las sociedades, ya sea de manera individual o gregaria, se ha convertido en un importante campo de estudio en todos los ámbitos de análisis de las ciencias sociales. Estos acercamientos se han realizado desde una perspectiva eminentemente interdisciplinar: politólogos, antropólogos, psicólogos e historiadores han identificado en el ámbito de creación y difusión de las identidades colectivas el origen de un gran número de conflictos políticos y sociales. A este respecto, el estudio sobre las ideologías nacionalistas, impulsadas por un estado o por agentes subestatales o paraestatales, han centrado la mayor parte de los esfuerzos a la hora de problematizar y deconstruir el funcionamiento de estos procesos de identificación de los individuos con un colectivo (Thiesse, 2001). El análisis historiográfico se ha centrado, ante todo, en el estudio de los procesos de creación y arraigo de las identidades nacionales durante la edad contemporánea a partir de las revoluciones atlánticas. El marco geográfico de estos estudios ha sido amplísimo, aunque los análisis acerca de la creación de los nacionalismo estatales y subestatales en la Europa de los siglos XIX y XX probablemente hayan sido los mayoritarios.

Algunos estudios clásicos sobre esta temática han insistido en el papel del estado como elemento homogeneizador –cuasi insustituible– de los rasgos culturales que permiten esta autoidentificación por parte de los individuos con un sujeto colectivo. A su vez, en estos estudios se han identificado cuáles han sido los agentes creadores de identidades nacionales y algunos de los principales elementos facilitadores de su propagación. No obstante, las explicaciones que nos sirvieron para comprender estos procesos complejos a lo largo del siglo XIX y de una parte del siglo XX no son completamente extrapolables al contexto posterior a la aparición del socialismo real y el fascismo, como tampoco lo son al mundo posterior a la revolución en los medios de comunicación y las infraestructuras, posterior a los cambios en los modelos productivos de las últimas décadas, o posterior al cambio en la agenda de los movimientos sociales con la aparición de las demandas postmateriales durante el último tercio del siglo XX.

A este contexto debemos sumarle los cambios que se han producido en el seno de los estados a lo largo de las últimas décadas, especialmente en el contexto europeo. En el viejo continente los estados han dejado de prestar determinados servicios a los individuos cediendo el monopolio de los recursos a nivel sub y supraestatal. El caso paradigmático al que nos podríamos referir en este último sentido es la Unión Europea; aunque si bien su capacidad para crear identidad ha sido muy limitada, más allá de algunas acciones concretas y de enorme visibilidad como han podido ser los programas de intercambio académico Erasmus o la ampliación de la unión hacia los países del antiguo espacio soviético. De la misma forma, la cesión de competencias a nivel subestatal también ha servido para que los entes administrativos mesoterritoriales desarrollaran políticas identitarias, no siempre compatibles con la identidad estatal. En este nivel los ejemplos son conocidos y muy numerosos. El problema se evidencia cuando las legítimas aspiraciones de los actores políticos incluyen políticas identitarias de negación del contrario, de imposición de una identidad frente a otra, o cuando directamente se defienden planteamientos supremacistas.

En un contexto en el que las libertades individuales, y especialmente las políticas, forman parte de unas normas mínimas de convivencia, no se puede pretender limitar la libertad de los individuos por sentirse parte de un colectivo u de otro, pero pese a ello, la existencia de identidades contrarias a estos valores comunes exige establecer límites que a la vez sean garantía para la defensa de los derechos de los ciudadanos. Las identidades no exclusivas, compatibles con otras y con nuestro marco compartido de derechos y libertades, deben ser respetadas y deben encontrar nuevos vectores para extenderse por la sociedad, respetando la libertad de los individuos pero fomentando espacios de entendimiento y de creación de consensos. Quizá el papel del estado moderno, en un mundo complejo, identitariamente muy plural y en gran medida postnacional, no pueda ser el de fomentarlas, pero sin duda deben vigilarse todos aquellos procesos de proselitismo identitario que puedan afectar a los derechos y libertades de los individuos.

Frente a la vieja idea de la democracia de la identidad (Schmitt, 1928), que puede tener connotaciones autoritarias y aspira a una homogeneización de la identidad nacional inalcanzable en nuestro marco democrático. Las nuevas identidades deben ser necesariamente incluyentes y compatibles para asegurar su disposición a encajar con nuestro sistema de valores y nuestros respetos por las minorías. Nuestro sistema democrático, por tanto, debe estar en situación de respetar en su seno aquellas identidades colectivas que acaten nuestro sistema de garantías de derechos y deberes, siendo compaginables con otras identidades compatibles o alternativas que no se excluyan entre sí y que guarden ese mismo respeto por el marco común.

4. Nuevos elementos de creación de identidades

Hoy en día, los tradicionales vectores que extendieron las identidades nacionales en el pasado y que fueron desarrollados por los propios estados como agencias transmisoras de una identidad nacional determinada han cambiado sustancialmente: el servicio militar, la educación pública o las redes de comunicación (Weber, 1976) ya no pueden justificar por sí mismas la asimilación de una identidad por parte de la población, como tampoco pueden hacerlo únicamente los elementos banales de nacionalización (Billig, 1995). Estos elementos secundarios de nacionalización, que pudieron tener un papel relevante durante el siglo XX, han ido perdiendo su capacidad movilizadora, pasando en algunos casos de la banalidad a la intrascendencia. Aún así, hay que reivindicar la vigencia de por lo menos uno de ellos: el deporte. Las grandes citas deportivas se han convertido en acontecimientos de masas en los que la rivalidad y la competitividad han servido como catalizadores de sentimientos identitarios, ya sean de carácter local o nacional. Por otra parte, también han demostrado como entidades privadas pueden desarrollar un importante papel a la hora de materializar una agenda identitaria ajena a la estatal, aún en contextos de falta de libertades. Así, agentes privados tendrían la posibilidad de ofertar una determinada identidad colectiva, generalmente de carácter nacional, en el mercado identitario, aún en contra del nacionalismo de Estado. Recientemente Alejandro Quiroga Fernández de Soto (2014) ha realizado un estudio acerca del papel que en este sentido tuvieron determinados clubs deportivos durante la dictadura franquista.

Por supuesto, existen otros espacios en los que también se difunden y desarrollan identidades colectivas; aunque quizá las competiciones deportivas sean el ejemplo más evidente, en tanto en cuanto suponen la visibilización de viejas formas de reivindicaciones nacionalistas: la bandera, el himno, el *enemigo secular*, la revancha, etc. Estas nuevas identidades colectivas no tienen porqué ser responder a la dinámica nacional tradicional que se hizo mayoritaria con la llegada de la Edad Contemporánea.

En este sentido, las grandes concentraciones religiosas, sociales, musicales, de ocio en general, las letras de canciones, el flujo de información por las redes, la participación en actividades sociales, etc. pueden suponer efectivos mecanismos para que los individuos muestren, o desarrollen, su adhesión a una determinada identidad colectiva. En muchos casos se trata de identidades vinculadas a reivindicaciones postmateriales nacidas durante las últimas décadas del siglo XX. El caso de los movimientos ecologistas y LGTB son dos ejemplos evidentes, pero también lo pueden ser la expansión de movimientos cristianos evangélicos en Iberoamérica, la reaparición de un fuerte cristianismo ortodoxo en el espacio postsoviético, los movimiento pro derechos democráticos en Hong Kong, los nuevos movimientos islamistas o la reaparición de formas de populismo y nacionalismo xenófobo en EE.UU y Europa. Para muchos individuos, la pertenencia a uno de estos grupos resulta más natural que su asociación al viejo concepto de nación.

5. Las nuevas identidades

En el mundo actual, los individuos están expuestos a un amplio abanico de identidades. Las identidades en gran medida se han convertido en un objeto más de consumo, al que libremente pueden acceder los individuos, podríamos hablar de la existencia de un mercado de identidades en el que los individuos pueden seleccionar con qué grupo quieren identificarse. La tradición, el origen étnico, geográfico o la extracción social han dejado de convertirse en los transmisores de identidades colectivas heredadas que habían sido durante siglos. En la nueva sociedad de la información, en la que el conocimiento es accesible desde cualquier lugar del mundo y en cualquier momento, y en el que el multiculturalismo se ha convertido en una seña básica de las sociedades, las personas tienen una gran facilidad para elegir en qué grupos quieren integrarse y en cuáles no, en definitiva, pueden seleccionar identidades. Es cierto que lo harán en función a una experiencia vital, o a unos intereses y/o aspiraciones individuales o colectivas, pero pueden hacerlo. Incluso fuera de las sociedades democráticas, la elección de una identidad diferente a la tradicional puede convertirse en una opción plausible.

6. Mercado de identidades

Este nuevo mercado de las identidades hace muy complejo entender las dinámicas sociales de la actualidad. Además, nos cuesta entender la razón por la que un individuo puede renunciar a la identidad de sus antepasados a favor de otra, o a parte de ella, o incluso luchar por hacer compatibles identidades a priori incompatibles. Aún así, es innegable que la elección de una identidad supone la inclusión, voluntaria o accidental, de su poseedor en un determinado grupo, con el que compartirá no sólo un vínculo emocional, sino también una agenda de aspiraciones materiales y/o postmateriales.

Analizar hasta qué punto existe racionalidad detrás de estas decisiones no es nuestra aspiración, aunque plantearnos esta pregunta nos resulta un paso indiscutible para lograr continuar con nuestra argumentación. La respuesta más sencilla que se nos ocurre es evidente: porque pueden hacerlo. La facilidad con la que los individuos pueden construir un relato de sí mismos en la actualidad resulta indiscutible; el conocimiento y los recursos para saber más y estrechar relaciones interpersonales son infinitos, y ligarlos con las aspiraciones personales o con la imagen que se quiere proyectar hacia el exterior también.

A su vez, este mercado facilita que los ciudadanos puedan elegir su pertenencia identitaria, de tal forma que el ambiente se convierte en el adecuado para la multiplicación de las opciones disponibles. Por otro lado, la laxitud de estas identidades, mucho más maleables que otrora, también facilita la aceptación de sus normas o, incluso, que sean mutables en varias ocasiones a lo largo de la vida de los individuos. Un caso evidente de este ejemplo puede ser el dinamismo en los porcentajes de identificación de los ciudadanos con identidades nacionales de carácter estatal y subestatal en determinadas zonas en los que la competencia entre estas se ha disparado. En poco tiempo podemos ver como un porcentaje muy alto de individuos renuncian a una identidad a favor de la otra, o dejan de ver ambas como compatibles y complementarias en un flujo dinámico y muy voluble. La propia existencia de mercado favorece la demanda, y viceversa.

7. Nuevos mecanismos de identificación: la paradoja del servicio militar

Como planteábamos más arriba, los mecanismos por lo que las viejas identidades nacionales de los siglos XIX y XX se expandían entre la población han desaparecido o han perdido parte, o la práctica totalidad, de su vigencia. Aún así, el temor con el que algunos estados-nación contemplan la pérdida de la homogeneidad identitaria los ha hecho recurrir a viejos modelos para intentar revertir una dinámica compleja y poliédrica. Quizá el ejemplo más evidente a este respecto, aunque no el único, sea el renovado interés por el Servicio Militar Obligatorio que han demostrado algunos países de nuestro entorno. En apenas un año Suecia, Francia y Marruecos han planteado recuperar el servicio militar, extendiéndolo también al género femenino, tradicionalmente excluido de sus modelos. Sin embargo el principal argumento para solicitar su reimplantación no ha sido una urgencia bélica, o la necesidad de adiestrar y alistar rápidamente un amplio número de fuerzas con los que engrosar su músculo militar. Al contrario, alejar a los jóvenes del radicalismo islámico, atraerlos hacia la identidad nacional de sus respectivos estados, hacerles conocer jóvenes de otras procedencias, mostrarles los efectos positivos de la acción del estado para favorecer sus vínculos con él, servir de herramienta de ascenso social, complementar errores y carencias del sistema educativo, vaciar las calles de jóvenes ociosos o integrar a las mujeres en el ámbito militar y hacerlas corresponsables de la defensa nacional pueden resultar argumentos atractivos para los gobiernos que han dado este paso, pero hay muchos otros aspectos que deben tenerse en consideración e integrarse en el análisis. En estas breves líneas no podremos dar más que unas breves pinceladas de un tema especialmente denso y complejo.

Como decíamos al principio, la sociedad digitalizada y súperinformada de la segunda década del siglo XXI se diferencia mucho de la de hace dos decenios; cuánto más no lo hará de las sociedades del tránsito del siglo XIX al XX donde el servicio militar tuvo su máxima capacidad

de homogeneización social y construcción nacional. Además, cuando el servicio militar fue puesto a prueba como agente de nacionalización en un contexto de competencia entre varias identidades nacionales este perdía gran parte de su capacidad nacionalizadora (Velasco, 2017), fomentando incluso procesos de nacionalización negativa (Quiroga, 2007). Por otro lado, la expansión del radicalismo islámico o del radicalismo ultraderechista en el seno de las fuerzas armadas es un fenómeno perfectamente conocido y sometido a permanente vigilancia, además, la utilidad del servicio militar como herramienta para formar militarmente fue utilizado en su propio beneficio por organizaciones terroristas en el pasado, aumentando a su vez las suspicacias frente a los reclutas con determinados orígenes y favoreciendo, por tanto, esa nacionalización negativa que acabamos de exponer (Velasco, 2017).

En sí mismo, el servicio militar, por lo menos durante el siglo XX, también se convirtió en un caldo de cultivo para que nuevas ideologías encontraran una rápida forma de expansión. Los cuarteles, donde jóvenes procedentes de diversas regiones geográficas de un estado determinado se hacinaban, podían servir para que se crearan asociaciones de individuos únicamente en torno a los que tuvieran unas características culturales o lingüísticas semejantes, o incluso como elemento propagador de planteamientos revolucionarios: recordemos la utilidad que los cuarteles tuvieron para el éxito de la revolución rusa de 1917, o la difusión de propaganda política en los cuarteles españoles durante los últimos estertores del franquismo. Así pues, sería conveniente pensar que el retorno de la conscripción por la que abogan algunos estados de nuestro entorno en la actualidad también traerá consigo la aparición de riesgos. Si bien la capacidad de nacionalización, o de homogeneización cultural y de creación de lealtades oficiales que mantenga en la actualidad un nuevo servicio militar obligatorio puede ponerse en entredicho al albur de las experiencias más recientes, quizá pueda ser visto como una ventana de oportunidades por otros actores con otros intereses. En ese caso, no sólo nos encontraríamos con que la vieja herramienta ya no sirve para desarrollar eficazmente un trabajo; además se habrá convertido en un nuevo elemento de desestabilización para el que se tendrán que dotar recursos extraordinarios si se quiere controlar.

8. Retos para el futuro: la creación de nuevos consensos y la identificación de nuevos vectores

No se puede encarar una realidad del siglo XXI con herramientas del siglo XIX, como tampoco se pueden negar los cambios a los que se enfrenta nuestra sociedad. Algunos de los viejos consensos identitarios que fueron válidos por más de doscientos años hoy parecen obsoletos, o por lo menos necesitan una fuerte actualización. La eclosión de identidades colectivas a las que estamos expuestos, así como el exponencial crecimiento de los mecanismos por los que se difunden y se popularizan han venido para quedarse. Si tuviéramos que hacer una prospectiva sobre la situación hacia 2050, hoy por hoy, deberíamos suponer que el mercado de identidades colectivas se habrá consolidado. Así mismo, es probable que algunas de las identidades colectivas que se habrán extendido entonces favorezcan interpretaciones excluyentes frente a otras. La única manera que nos parece posible de evitarlo es crear nuevos consensos. Proponer una solución no es nuestra intención, ni mucho menos ofrecer un modelo nuevo de convivencia para las sociedades del futuro. Sin embargo sí que parece evidente que la necesidad de generar nuevos consensos deberá afrontarse, y los estados, tal y como los conocemos, deberán ser muy cautelosos si quieren asegurar su supervivencia al medio y largo

plazo. En nuestra opinión la capacidad de éxito de los nuevos consensos se basará en su potencial éxito para promover identidades que sean compatibles entre sí, y de que su expresión política, si la hubiere, sea respetuosa con el marco del estado de derecho, el respeto a las libertades democráticas y a los propios consensos que existan o puedan existir.

Fuere como fuere, esta potencial creación de nuevos consensos, en base a identidades compatibles entre sí y con nuestro marco democrático, deberá reforzarse a través de algún tipo de mecanismo. ¿Cuáles serán estas herramientas? Es una pregunta para la que no tenemos respuesta. Al igual que nadie podría haber pensado en 1918 que los grandes eventos deportivos podrían convertirse en un reservorio de los símbolos nacionales y del nacionalismo de estado con una capacidad de movilización y convicción mucho mayor que el servicio militar.

9. Bibliografía

Benedict A. (1983). *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Vero.

Billig, M. (1995). *Banal nationalism*. New York: SAGE.

Eger, Maureen A.; Valdez, Sarah (2014). "Neo-nationalism in Western Europe". *European Sociological Review*. 31 (1): 115–130.

Gellner, E. (1983). *Nations and nationalism*. Cornell: Cornell UP.

Gledjura, S. (1973) "Nacionalidades en la URSS". *Revista de Política Internacional*. Nº125. 159-180.

Hobsbawm, E. (1992). *Nations and Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality*. New York: Cambridge UP.

Keen, D. (2012). *Useful enemies: When waging wars is more important than winning them*. New Haven and London: Yale University Press.

Mamdani, M. (2001) *When Victims Become Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*. Princeton U.P: Princeton.

Plokhy, S. (2014). *The last empire: the final days of the Soviet Union*. New York: Perseus.

Quiroga Fernández de Soto, A. (2007) *Making spaniards. Primo de Rivera and the nationalization of the masses, 1923-30*. London: Palgrave-McMillan.

Quiroga Fernández de Soto, A. (2014). *Goles y banderas. Fútbol e identidades nacionales en España*. Madrid: Marcial Pons.

Schmitt, C. (1928) *Verfassungslehre*. Duncker & Humbolt: Berlín. [1993]

Stalin, I. (1913) *El marxismo y la cuestión nacional*. Anagrama: Barcelona. [1977]

Thiesse, A.M. (2001). *La creation des identites nationales. Europe XVIII-XIX*. Points: Seuil.

Velasco-Martínez, L. (2017). "¿Uniformizando la nación? El servicio militar obligatorio durante el franquismo". *Historia y política: ideas, procesos y movimientos sociales*. 38: 57-89.

Weber, E. (1976). *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914*. Stanford: Stanford UP.